

**EL VERSO Y EL NÚMERO****David Vásquez**

El día que Repka cumplió ocho años, muy temprano en la mañana y antes de ir al colegio, apagó las velas de su nefasto pastel de cumpleaños. Los presentes aplaudían y cantaban, pero el niño miraba el pastel, las velas y sólo veía números, contaba.

A los ocho años, su vida sumaba, en total, noventa y seis meses, dos mil novecientos veinte días, setenta mil ochenta horas, cuatro millones doscientos cuatro mil ochocientos minutos, y doscientos cincuenta y dos millones doscientos ochenta y ocho mil segundos. De esos ocho años, la tercera parte, dos y medio, había estado dormido.

—¡Estoy cumpliendo cinco años y medio de estar despierto y dos y medio de estar dormido!—, dijo Repka a sus parientes cuando terminaron de cantar.

En la noche estaba un poco asustado, por eso la abuela Marieta lo acompañó a la cama.

—Cuenta ovejas para poder dormir—, le dijo.

—El número total de ovejas en el universo no bastan para hacerme dormir —respondió el niño.

—Sólo Dios puede contar todas las ovejas del universo y ya lo hizo, por eso duermo, quieres despertarlo tú con tus cálculos.

—Entonces, ¿cuál es la cantidad exacta de ovejas que tengo que contar para quedarme dormido? —, preguntó de nuevo Repka.

Él mismo respondió—: La cuenta debe ser regresiva, cinco, cuatro, tres, dos. Contar hacia atrás es como recordar, como volver atrás.

Luego se dio vuelta, cerró los ojos un tanto molesto.

—Si no puedo dormir, cuento; y si cuento, no puedo dormir. ¿Tal vez podría aprender a contar en sueños?

Se quedaron callados y la abuela Marieta le cantó una canción de cuna. Cuando terminó de cantarla, ya estaba dormido, entonces ella se acercó a su oído y le dijo:

—Si sueñas que cuentas, podrías crear mundos y universos igual que Dios, pero tú apenas eres un niño. Ojalá cuando despiertes olvides tus sueños, Repka, podrías estar tejiendo una telaraña desde tu corazón y cuando despertaras te pasaría lo mismo que le pasó a Dios.

Esa noche tuvo una horrible pesadilla. En ella se hallaba en su cuarto, conversando con su padre y de pronto se quedó mudo. Las palabras se esfumaron de su boca, como si se precipitaran hacia un profundo abismo y desaparecieran bajo una oscuridad que a la vez era silencio, muerte y vacío. La caída era una cuenta regresiva: cuatro, tres, todo desapareció, él mismo desapareció, dos, uno... en el sueño, el padre angustiado, le dijo a su hijo que tenía que contar, una a una, las letras de las palabras para recobrar la voz.

—Recita el verso, cuenta —gritó.

Pero a Repka le era muy difícil contarlas, porque las decía muy rápido. Gritaba con tal fuerza los números que despertó a sus padres; estos corrieron a su cuarto y lo encontraron boca arriba, con los ojos abiertos y en pleno delirio.

—Vacío tiene cinco, vacío tiene cinco, eco tiene tres, la tiene dos, noche tiene cinco, su tiene dos, recinto tiene siete, vacío tiene cinco, la tiene dos, bruma tiene cinco, se tiene dos, repite tiene seis, vacío tiene cinco —gritó Repka.

Cuando lo movieron con fuerza, por fin pareció despertar.

—¿Qué te pasa hijo mío? —preguntó la madre.

—Tengo que contar las letras —respondió el niño sin mirarlos—. “Tengo” tiene cinco, “que” tiene tres, “contar” tiene seis, “las” tiene tres, “letras” tiene seis.

—¡Calla de una vez y cálmate! —el padre lo tomó con fuerza.

—¿Entiende papá? Si dejo de contarlas me quedaré mudo, dejaré de existir —respondió Repka.

Ya no estaba dormido, había despertado justo en medio de sus propias palabras y se encontró contándolas. Las visualizaba, pero ya no solo compuestas de letras, sino también de números, una cifra por cada palabra.

—Cada cosa tiene un número específico y distintas cosas significan distintos números —pensó.

Parecía tener la mirada perdida, como si continuara la pesadilla, pero esta vez había una sonrisa en su rostro.

—Ahora todo está bien papá, ya todo está en orden —y volvió a quedarse dormido.

La biblioteca del padre de Repka tenía cuatrocientos cuarenta y cuatro libros.

Un día antes de cumplir los ocho años, su padre le preguntó:

—¿Cuántos libros has leído?

—Treinta y siete —respondió Repka— y cada uno de ellos lo he leído doce veces —agregó.

—¿Para qué? —insistió el padre.

El niño respondió:

—Treinta y siete, al ser multiplicado por tres o un múltiplo de tres, hasta veintisiete, da un producto que contiene tres dígitos iguales. Treinta y siete por tres es igual a ciento once; treinta y siete por seis es igual a doscientos veintidós; treinta y siete por nueve es igual a trescientos treinta y tres, y treinta y siete por doce es igual a cuatrocientos cuarenta y cuatro, que es el número total de libros de la biblioteca. Así que, como puedes ver, obtengo el mismo resultado.

Lo que percibían los sentidos de Repka se elevaba, en su mente, a la condición de cifra. Había desarrollado una suerte de sentido extraordinario; al igual que oír o sentir, contaba. No veía esquinas, veía ángulos. Las manzanas que su madre siempre ponía en la mesa sobre un plato no eran manzanas,

eran cinco o siete o tres. Las flores, según el número de pétalos, podían ser seis o diez. Cada uno de sus conocidos, tenía un número. Así, su padre era el dos, su madre el cuatro y su abuela Marieta el tres.

No contaba de uno en uno, sino todo a la vez. Si veía un bosque, sus árboles, las ramas de éstos y sus hojas, hallaba al instante una cifra para expresar el bosque en su conjunto.

El camino al colegio eran quince mil ochocientos setenta y tres pasos de ida lo mismo que de vuelta. El problema era que esos treinta y un mil setecientos cuarenta y seis pasos, multiplicados por siete días, ya que incluso el domingo debía ir al colegio a una misa obligada, daba como resultado una cifra compuesta de seis veces el número dos.

—¿Por qué seis veces dos y no siete veces dos? —se preguntaba Repka— Si cada día recorro dos veces los mismos pasos, la cifra debe ser siete veces dos —pensaba, confundido.

Nunca pudo resolver este asunto por más que lo intentó. Se perdió en una paradoja matemática, un dogma de fe o el hueco en la telaraña, como un misterio mágico, cuento de hadas o, aun mejor, una historia de fantasmas.

—¿Cuánto es, cuál es la cifra? —era la pregunta favorita de Repka, además, la única que le importaba.

El padre de Repka era inspector de pesos y medidas. Todos los días, a las cinco de la mañana, el buen hombre se levantaba para ir a trabajar. Diez minutos se demoraba en bañarse, cinco en vestirse, tres en desayunar y dos más en despedirse y salir.

Una vez, el reloj se descompuso y el niño se angustió —¿Cómo sabrá cuánto demorarse?

El buen hombre, por su parte, actuó con la más absoluta tranquilidad y se demoró lo mismo, pero sin usar el reloj.

—¡Cuento el tiempo en mi mente igual que tú lo has hecho! —dijo el padre al niño.

—¡Lo cuenta con el corazón! —agregó la abuela.

En ese instante Repka cerró los ojos y escuchó sus latidos. Imaginó una máquina perfecta e infinita, un giroscopio hecho de metal que mantenía el orden en el universo, su universo interior. Pensó también que el corazón de su padre tenía que ser igual al de Dios, porque servía para controlar el orden interior y exterior.

Con los ojos cerrados y la mano derecha puesta en su pecho, recordó el día que acompañó a su abuela a la iglesia. Cuando estaban parados frente a la imagen del corazón de Jesús, ella le dijo:

—Mira, Repka, el corazón de Dios es una araña.

—Una araña —pensó el niño—, ¿y cuál es su telaraña?

La abuela se acercó a su oído y le dijo con ternura:

—Su telaraña, es el universo.

Para Repka el trabajo de su padre era muy importante, de otro modo, según le había escuchado repetir doscientos cuarenta y cinco veces, con las mismas cuatro palabras, “todo sería un desorden”. Cada cual podría pesar y medir como a bien tuviera, eso sería desastroso. Por eso, cuando su padre perdió la vista, se aterró; sin embargo, como el mundo pareció continuar igual, logró tranquilizarse un poco.

—El orden continuará mientras funcione su corazón —se dijo.

Durante las vacaciones de verano, Repka y su padre pasaron mucho tiempo juntos. Caminaron por las calles, fueron a conciertos, se sentaron largas horas en el parque y conversaron, pero más que nada contaron.

Repka halló en su padre ciego a un excelente compañero para su actividad favorita. Contaron todo lo que pudieron, las notas musicales, las hojas caídas, los pasos de los viandantes y las palabras. A veces contar las cosas resultaba igual a contar un cuento.

—La palabra es la misma, la idea es igual —pensaba.

Los dos inventaron algunos juegos: uno de ellos se trataba de imaginar un objeto cualquiera, una piedra, por ejemplo. El niño cerraba los ojos para quedar en igualdad de condiciones.

—La piedra blanca que está en el suelo es una sola —decía el padre.

—Hay otra piedra que está en el suelo, es gris y también es una sola —contestaba Repka.

—Ya tenemos dos —agregaba el padre, y hacían una ecuación que los maravillaba, decían a unísono—: en el parque hay equis más dos piedras, donde equis es el universo.

Otro juego que inventaron se llamó el poema del eco.

—¿Has escuchado el eco, Repka? —le preguntó un día.

—Sí, el eco es como una secuencia numérica.

Entonces pensaron en un poema. El tema sería el eco y las palabras que componían los versos irían apareciendo, de forma periódica, en la medida en que el eco los repitiera. Debían partir de un algoritmo, esto es, de una prescripción exacta del orden determinado en que ha de ejecutarse un sistema de operaciones.

Una vez construido el algoritmo fue muy fácil. La primera palabra del primer verso la dijo Repka:

—Vacío.

—Vacío —respondió el padre.

—Eco —volvió a decir Repka.

—Vacío —volvió a repetir el padre.

—La noche, su recinto —dijo el niño.

—Vacío —volvió a decir el padre.

Entonces repasaron lo que habían hecho hasta ese instante:

—Vacío

—Vacío ...Eco vacío

La noche, su recinto —vacío

Y continuaron durante toda la tarde.

La bruma, se repite —vacío

Como pétalos, la noche... —eco —vacío

La brisa, su recinto —vacío

Como hileras de voces, la bruma —vacío

La noche, se repite... —eco —vacío

Como pasos, su recinto —vacío

Como pétalos, los labios —vacío

La noche, la bruma... —eco —vacío

Las palabras fueron apareciendo y repitiéndose una y otra vez, pero Repka no veía versos, veía números, ya que cada palabra tenía uno y éste se repetía más adelante de forma periódica según una secuencia perfecta.

La brisa, helada —vacío

Como sombras, su recinto —vacío

Se repite, como hileras de voces... —eco —vacío

La noche, como sombras —vacío

Como pétalos, la bruma —vacío

Como pasos, la noche... —eco —vacío

Su recinto, la brisa —vacío

Se repite, la noche —vacío

La brisa, como hileras de voces... —eco —vacío

Podrían haber pasado la noche sin terminar, podrían haber continuado la vida entera y seguirían sentados en la misma banca, como un eco de ellos mismos. El corazón de Repka tejía, sin saberlo, una telaraña tan grande como el universo.

Mientras Repka se fascinaba con el juego, el padre pensó en qué sucedería si esto se conociera. Que la poesía pudiera reducirse a números, que se partiera de una fórmula matemática y ésta determinara cuáles son las

palabras de cada verso, que la inspiración partiera de una ecuación, que una sinfonía, una novela, una obra de teatro se inspirara en ella.

—¿Qué dirían los poetas? Seguro se sentirían insultados. La poesía, algo del sentimiento, expresado en números fríos —el padre se maravilló en silencio.

Camino a casa los dos rieron. Al atardecer habían contado tantas cosas que Repka pensaba que había tenido, aunque fuera un poco, un leve contacto con la totalidad, con el universo infinito. Cuando intuía todas las cosas que le faltaban por contar se emocionaba:

—La cifra total —debe ser a lo que mi abuela llama Dios.

Una vez, hace muy poco, Repka contó los trescientos setenta millones trescientos setenta mil trescientos setenta ladrillos de la iglesia adonde su abuela Marieta lo llevaba todos los martes. La anciana siempre prendía tres velas a la Santísima Trinidad.

—El número tres es sagrado —decía la anciana.

—Tres son las personas de la Santísima Trinidad, tres fueron los hijos de Adán y de Noé, tres fueron los reyes magos, tres veces negó Pedro a Jesús y tres son las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad.

Repka multiplicó por tres el número de ladrillos, el resultado fue una cifra que contenía, a la vez, todos los números: ciento veintitrés millones cuatrocientos cincuenta y seis mil setecientos ochenta y nueve. En ese instante Repka creyó en Dios o, mejor, en el orden, para él era lo mismo y entendió las sabias palabras de su abuela Marieta.

La manía de contar las cosas le surgió a Repka cuando conoció los números. En las tardes, se paraba frente a la ventana y contaba a la vez los árboles, las ramas, los niños con traje azul, las mujeres con sombrero y los ebrios. Escogía al azar; a veces, incluso llevaba estadísticas y hacía promedios para enseñárselos a su padre y a su abuela.

—Ese niño va terminar contando las gotas de lluvia y será el primero que lo haga —decía la vieja y se reía con cierta malicia atardecida.

El paso siguiente a las estadísticas y a los promedios fue el cálculo de probabilidades. Se veía a sí mismo como una suerte de profeta, pero la profecía era sólo para él, a nadie se la revelaba. A veces, cuando una, se cumplía el niño reía y todos quedaban extrañados.

—El niño ríe porque sabe demasiado. Quisiera que supieras menos, Repka —decía la abuela Marieta desde su silla mecedora.

Por alguna razón, extraña de comprender, Repka aprendió primero a contar que a hablar. La primera vez que lo hizo tenía un año. Sucedió de pronto y fue de una forma un tanto enigmática. El niño estaba solo en el centro de su cuarto. Cuando levantó su cabeza para mirar el techo, se encontró con su propio reflejo al revés. Repka se preguntó si ése que estaba arriba era él. La pregunta era obvia, la respuesta resultó más complicada.

En efecto, él era un objeto, un todo cerrado e indivisible. Sabía, por experiencia propia, que sería imposible fragmentar su cuerpo en partes como a uno de sus juguetes. Por otro lado, ése que se reflejaba en el techo era otro. Así descubrió Repka el número uno, no como una expresión o signo, sino como la oposición entre el límite y lo ilimitado. El otro, con relación a él, se expresaba de forma diferente, era el número dos.

Cuando bajó la cabeza, vio la cama, la ventana, la ropa y los juguetes. Descubrió que cada cosa tenía un número específico y que distintas cosas significaban distintos números. Esa fue la primera vez que sintió un leve contacto con el universo y fue como caer a un abismo. Luego volvió a lo primordial, al uno, a él. Muchos años después y gracias a su abuela, se emocionó al comprender que, mientras continuara siendo uno, tendría un lugar en la inmensa telaraña que teje el corazón de Dios.

Cuando entró al colegio y conoció los signos, le parecieron tan inexactos y poco importantes. Él ya los había descubierto muchos años atrás y pensaba

que cualquier expresión simbólica de éstos era una pobre caricatura de algo sublime.

El día que Repka cumplió ocho años ocurrió un hecho nefasto: conoció el verdadero significado del cero. Después del pastel y los regalos tuvo que ir a clases. Los quince mil ochocientos setenta y tres pasos al colegio estuvieron acompañados de los mismos cálculos. La clase empezó como cualquier otra, todo iba bien hasta que el maestro dibujó un gran círculo en el tablero.

—Este es el cero, la ausencia, la nada —anunció.

Repka conocía la palabra cero, conocía el signo, pero nunca se había detenido a pensar en su siniestro significado.

—A través de ese círculo solo puede haber vacío —pensó y sintió temor. Las paredes del salón se esfumaron, sintió una fuerza que lo halaba hacia atrás muy rápido, entonces empezó una cuenta regresiva, cinco, cuatro... Ya no había ninguna telaraña, era un recién nacido de nuevo, daba sus primeros suspiros, tenía la visión nublada. Tres, dos, uno, ya no existía, nunca existió. Sólo caía hacia el abismo, hacia el Cero.

—Vacío tiene cinco, vacío tiene cinco, eco tiene tres, la tiene dos, noche tiene cinco, su tiene dos, recinto tiene siete, vacío tiene cinco, la tiene dos, bruma tiene cinco, se tiene dos, repite tiene seis, vacío tiene cinco —repitió en silencio.

—¡Cero! —gritó de nuevo el maestro. Repka despertó.

La explicación fue lo tan clara como para que todos entendieran y lo suficiente cruda como para causar una profunda sensación de vacío en Repka:

—¡El cero no tiene valor, representa la ausencia! —reiteró el maestro.

Él no sabía casi nada del niño, lo conocía solo como un número en la lista de alumnos, desconocía por qué estaba arrinconado y presa del más pavoroso terror. Había lanzado a la cara del niño, sin saberlo, una maldición, algo que no podía contar.

El día en que Repka conoció el cero entendió la muerte. El cero es un concepto aterrador, el cero es su abuelo a quien nunca conoció, el cero es el olvido, ese día de la semana que perdido en el sintiempo, el fin de la cuenta regresiva donde no existe. El cero es el silencio, esa horrible pesadilla en la que se quedaba mudo y desaparecía porque no podía contar.